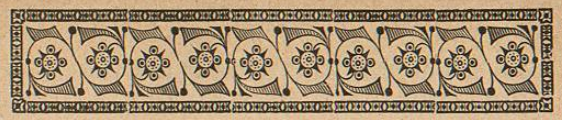
la primera parte de esta obrita: La Virgen purísima de mis amores; glorificarla, derramando en su Corazón purísimo los encendidos y filiales afectos del nuestro, viene á formar la segunda parte que con el título de El Cantar de mis Cantares le consagramos fervorosos. La Virgen concebida sin culpa original, reciba con agrado nuestra humilde ofrenda, y concédanos el ser enteramente suyos y no olvidarnos jamás del amor que le debemos.



LA VIRGEN PURÍSIMA
DE MIS AMORES

CAPÍTULO PRIMERO

Es la primera entre todas las obras del Señor.

Olvidemos por unos instantes nuestros intereses terrenales; y alejando de nosotros todo pensamiento y deseo menos digno de un alma que quiere elevarse hasta el Señor, recojamos nuestro corazón y preguntemos: ¿cuál es entre las obras del Eterno, la primera, la más acabada y perfecta? Mil voces de júbilo se dejan oir con armonía divina: Es la Virgen sin pecado, la Madre santísima de Dios. Así habla la pureza, y añade en seguida: Yo nací de su seno, fuente de luz y manantial inagotable de la gracia; en Ella tengo

todas mis delicias, es la cándida azucena de los valles, y es más pura que la luz del cielo.—Habla en seguida la humildad:

Es María la reina de los cielos; está enriquecida con todos los tesoros del Señor; es su Madre inmaculada y santa; mas nunca dejará de ser su esclava; y entre todas las esclavas del Señor, quiere tener el último lugar; por esto, es su Corazón inmaculado el trono en que descanso.—Yo, la caridad, el santo amor de Dios, soy quien inflama todos los afectos de María; y á nadie como á ella, he comunicado todos mis ardones.

Vienen en seguida las demás virtudes y depositan sus coronas á los pies de su reina, y la bendicen con cánticos de amor y de alabanza; porque ella es su gloria y la luz de su hermosura y el purísimo brillo de todos sus encantos, de sus perfecciones y sus gracias.

Corazón mío, ¿qué es lo que sientes al contemplar desde este punto de vista, á la escogida del Señot, á esa incomparable y celestial criatura que ha cautivado todos tus afectos? ¿Dejarás de conocer que es la primera entre todas las obras del Eterno? Los sentimientos que María despierta en el corazón al pensar en Ella, llenos están de celestial dulzura, y de un encanto que nos inunda de inefable dicha. Contemplamos un instante su belleza purísima y sagrada; la admiración se apodera de nosotros,

y exclamamos: ¡Quién es la hermosísima criatura que sube del desierto, adornada con todos los esplendores de la gracia, y apoyada en su Amado! Ni es tan bella la aurora, ni el sol es tan brillante, ni tan apacible la luz de la argentada luna, como son purísimas y hermosas las miradas de María. Llena de encanto y de gracia la contemplamos un instante en dulce arrobamiento de nuestro espíritu, y le decimos: Déjanos oir tu voz, porque tu voz es dulce. Sí, lo es, y más dulce que el canto armonioso de los ángeles que sin cesar bendicen al Señor en lo más alto de los cielos. Oigan nuestras almas, decimos otra vez á nuestra Madre dulcísima, tu amable y cadenciosa voz, y llénese de delicias todo nuestro espíritu. Vuelta á nosotros la piadosa Virgen, abre sus labios y dice estas palabras: El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, antes que criase cosa alguna. Desde la eternidad tengo yo el principado, soy reina desde la eternidad, desde antes de los siglos, primero que fuese hecha la tierra. Todavía no existían los abismos, y yo estaba ya concebida..... Cuando extendía los cielos, estaba yo presente..... Y con El disponía todas las cosas (1).—Yo salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que existiese ninguna criatura..... Desde el principio y antes de

(1) Prov. VIII.

los siglos, recibí el ser, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros (1).

¡Cuánta magnificencia y esplendor, y qué gloria tan sublime! Iluminada por el Espíritu divino, María conoce su dignidad infinita, y cómo es la primera entre todas las obras de Dios; y esto sin embargo de ser la más humilde de todas las criaturas. La humildad no obscurece su elevada inteligencia, ni prohibe á la dichosa Virgen publicar las maravillas y grandezas que en favor suyo realizó el Eterno.

Es María entre todas las criaturas la primera; mas ¿cómo es esto cuando Ella no vino á la existencia al principio sino al acercarse la plenitud de los tiempos? Así pasó en realidad, pero no es ésta la primacía de que tratamos, sino otra más elevada y gloriosa: la del amor; aquella que arrebatando el corazón y las miradas del Eterno, detiene y fija en el objeto de su predilección, su divina complacencia, y le hace descansar como en delicioso tálamo, en su bendito seno. El que me crió descansó en mi tabernáculo, en mi morada. Las virtudes han cantado las glorias de María; nuestro pobre y miserable corazón ha desfallecido al contemplar su admirable y celestial grandeza; y María á su vez ha proclamado las misericordias del Altísimo que quiso preferirla entre todas sus

(1) Eccli. XXVI.

criaturas.—No vino la primera á la existencia en el orden del tiempo; mas esto en vez de disminuir la predilección para con Ella, le presta nuevos resplandores de gloria y de grandeza; porque no fué prevista al acaso, sino que elegida por Dios antes de los siglos, predestinada por el Altísimo, preparada para El mismo, aguardada por los ángeles, prefigurada por los padres y prometida por los profetas, tenía que aparecer sobre la tierra en medio de la luz y circuída de una magnificencia incomparable de gracia y de pureza. Todo tenía que servirle y había de tributarle honor y gloria.

Al testimonio de las criaturas, á sus cantos armoniosos de alabanza, añadamos las dulces expresiones que le dirige su Esposo: Sesenta son las reinas, le dice El, ochenta las esposas de segundo orden é innumerables las doncellitas; pero una sola es mi paloma, mi perfecta, la hija única de su madre, la escogida de la que la dió á luz. La vieron las doncellas y la aclamaron dichosísima; la vieron las reinas y demás esposas y la colmaron de alabanzas (1).

También nosotros llamamos muy dichosa á la purísima Virgen de nuestros amores; le dirigimos nuestras alabanzas; y nos creemos muy felices pensando en Ella, en su incomparable y celestial grandeza. ¡Bendita sea mil veces, y

(1) Cant. VI, 7, 8.

bendito mil veces el altísimo Dios que quiso preferirla á todas sus criaturas!

Es María la primera entre todas las obras del Eterno: así nos lo prueba el amor que le tiene. Ese amor no es estéril como el nuestro, sino fecundísimo, y en sus grandes manifestaciones descubre sus divinas energías y su ternura; ahora bien: ¿existe algún ángel, ó si se quiere aún el más elevado serafín á quien Dios nuestro Señor haya revelado su amor y su ternura, como á María, á quien el Padre llama su Hija predilecta, y escogió por Madre el Hijo del Altísimo, y el Espíritu divino se dignó consagrar como templo divinísimo, y la hizo su Esposa inmaculada y santa?

La dignidad de Madre de Dios descúbrenos las más sagradas y estrechas relaciones que, fuera de la unión hipostática, pueden existir entre el Criador y la criatura; sagradas y estrechísimas, por la unión con Dios, indisoluble y verdaderamente substancial; y nacen de aquí las expansiones de un amor todo celestial y coloquios dulcísimos de una dulzura inefable.

En virtud de la unión que hay entre Jesús y María, ¿podrá la santa Madre pensar en otra cosa que en su Hijo? El pensamiento de Jesús la ilumina y la eleva hasta el Señor, y á todas partes la acompaña y transforma en El. Al pensar en tan profundos misterios, la admiración se apodera de nosotros. ¡Qué grandeza la de la

santa Madre! Su dignidad es infinita, y María, excepto Dios, es superior á todo lo que existe.

A pesar de la grandeza incomprensible de esta Niña hay entre Ella y su Hijo una distancia infinita. Jesús, Hijo único de Dios vivo, consubstancial al Padre, incommutable y eterno, vive siempre en el seno de su Padre. María criada por Dios en justicia original, y enriquecida con todos los tesoros de la gracia, no es sino criatura. Mas veamos ahora las maravillas del amor divino realizadas en el seno de María. ¿Quién podrá franquear aquel abismo, profundo y dilatado sin medida alguna, que hay entre el Criador y la criatura? Una palabra de san Juan nos da la respuesta y lo explica todo: El Verbo se hizo carne y habitó entre nototros. Al bajar de los cielos el Hijo de Dios, no vino á buscar para que fuese su Madre alguna de las grandes y esclarecidas matronas del pueblo de Israel. No hicieron que bajase á la tierra, la opulencia de los tesoros ni el esplendor del trono; mas sí le cautivaron los encantos y virtudes de una humilde doncellita, que el mundo no conocía; pero que Dios había preferido á todas las criaturas desde la misma eternidad.

Dijimos que la Maternidad de la purísima Virgen María por la inefable y sacrosanta unión que establecía entre el Hijo y la Madre, era fuente de donde manaban sin cesar, las dulces confidencias, las santas expansiones entre uno y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

otra. Da María el nombre de Hijo al Verbo del Padre, Dios y Señor de los ángeles. Entre estos elevados espíritus, ¿habrá alguno que pueda dar ese nombre al Hijo de Dios? A grande honra tienen el que siendo espíritus, sean llamados ángeles. María sabiendo que es Madre de Dios, le llama con mucha confianza Hijo suyo; y Jesús se sujeta á su divina Madre, Jesús á quien obedecen los Principados y las Potestades.—Al pensar en esto el asombro se apodera de nosotros: ¿qué deberemos preferir, la dignación benignísima del Hijo, ó la dignidad excelentísima de la Madre? *Utrinque estupor*. La humildad del Hijo es sin ejemplo, y la dignidad de la Madre, incomparable.

Si el amor por sus dones nos revela su grandeza, la unión que trae consigo nos dice lo mismo. A nadie ha enriquecido Dios nuestro Señor con tan real magnificencia como á María; y con ninguna criatura se ha unido tan estrechamente, como quiso hacerlo con la santa Virgen que le llevó en su seno y es su verdadera Madre. Por esto es Ella la primera entre todas las criaturas, en el amor de su Dios.

Dios ama más las cosas mejores; y la perfección de las criaturas por parte del Señor consiste en la excelencia y abundancia de los dones con que se digna enriquecerlas; por parte de ellas mismas, en la fidelidad y en la correspondencia á las divinas gracias. Si después de esto

ponemos los ojos en la purísima Virgen María, conoceremos que nadie ha recibido del Eterno tan ricos y espléndidos tesoros de gracia, de virtud y perfección como Ella: ni los más encumbrados serafines, ni los santos más privilegiados.

La fidelidad de la sacratísima Virgen y su correspondencia á las divinas gracias es tan admirable y cumplida sobre toda expresión, que san Agustín llega á decir lo siguiente: El Señor magnificó en María el haber cumplido la voluntad del Padre. Introduciendo, por decirlo así, á Jesús en lo que acaba de decir, añade lo siguiente: Mi Madre á quien llamais feliz, lo es porque guarda al Verbo de Dios; no porque en Ella se hizo carne este Verbo, sino porque lo guarda, habiendo sido hecha por El, y este mismo Verbo se hizo carne en Ella (1).

La Maternidad divina tiene en sí misma una dignidad infinita y una luz de adorable pureza, y es al mismo tiempo manantial inagotable de un gozo tan santo y profundo, que no cabiendo en el Corazón de María después de transformarlo en sí mismo, lo envuelve en sus gloriosas ondas, y en ellas lo tiene enteramente sumergido. Ahora bien: la fidelidad de la sagrada Madre y su correspondencia á las gracias del Eterno, tienen una perfección tan admirable,

(1) In Joann. Tract. X.

que, si posible fuese, la luz de la Maternidad divina colmaría sus vivos resplandores; y aquella fuente en que María sin cesar está bebiendo delicias de gloria, mezclaría sus aguas con las que están saliendo á cada instante de sus perfectísimas virtudes y de su fidelidad incomparable.

Los hijos de María, los que la amamos, aunque esto sea con un amor muy imperfecto, y en verdad indigno de tan santa Madre, pensando que es la primera entre todas las obras de Dios, la más amada de su corazón divino, llenos de inefable dicha y penetrados de un júbilo profundo, levantamos nuestros ojos al Señor para decirle mil ternuras, y expresarle la gratitud inmensa que sentimos, porque vió la humildad de María y la amó sobre todas las criaturas, y se dignó constituirla la primera entre todas las obras de su amor. Le bendecimos, le damos gracias y adoramos la gloria de su nombre.

Los hijos pequeños de María que somos tan indignos de ese nombre, no estamos contentos de tal dicha, sino descansando en el seno ó á los pies de nuestra dulce Madre; y así lo hacemos. ¡Oh, y cuántos misterios de un amor ardentísimo y sagrado y de una pureza cuya perfección sólo Dios conoce, descubriremos en aquel bendito seno! Y á los pies de María Dios nos hará conocer que fué la más humilde de

todas las criaturas; la misma inocencia y la personificación de la mansedumbre y la dulzura.— Después de un instante, y casi sin darnos cuenta de lo que decimos, tendremos que exclamar: ¡Oh, y con qué sabiduría tan profunda y tan perfecta, con qué amor tan santo y adorable, Dios la prefirió á todas sus criaturas!

Pensando en las grandezas de María en que nos hemos ocupado, nos arrojamos á sus pies santísimos á fin de derramar sobre ellos con toda libertad nuestros afectos. Su dicha es nuestra propia dicha, y el amor que Dios le tiene es nuestra gloria, é inunda todo nuestro sér de un gozo inexplicable. ¿Con qué expresiones que fueran dignas de Ella pudiéramos bendecirla y alabarla? Que reine para siempre á la diestra de su Hijo, y sea glorificada en los cielos y en la tierra; que su Hijo divino la bendiga y alabe por nosotros.